

10291

RICARDO LEVENE



CORAZÓN

DRAMA EN UN ACTO



BUENOS AIRES

208212—TALLERES DE LA CASA JACOBO PEUSER

1907

M44
E03

RICARDO LEVENE



CORAZÓN

DRAMA EN UN ACTO



BIBLIOTECA
DR. RICARDO LEVENE

INVENTARIO N° 10291

BUENOS AIRES

208212 — TALLERES DE LA CASA JACOBO PEUSER

1907

PERSONAJES

CORAZÓN

32 años Juan Gregorio

30 Maida su esposa

10 Rosita

40 Al Dr. José María Rizzi

Epoca actual.

La obra representa una escena que acontece en un momento de la vida de los personajes. El autor ha querido dar a conocer a los lectores la vida íntima de los personajes, sus sentimientos, sus esperanzas, sus penas, sus alegrías, sus tristezas, sus amores, sus desamores, sus esperanzas, sus penas, sus alegrías, sus tristezas, sus amores, sus desamores.

PERSONAJES

Actos: Paz y Rosita

Paz. — (Sal. con Rosita de 2 legua.) No llorés. No me do veru' dolor.

Rosita. — Pero entonces me promete que Carlos volverá.

Paz. — Sí, te lo prometo. (La besa.) Que no llaris por amoraré una lagrima. (Distraída por una llamada que suena. Entra Juan Gregorio.)

La obra se representa en un momento de la vida de los personajes.

PERSONAJES

Juan Gregorio.....	35 años
Magda, su esposa.....	30 »
Rosita.....	10 »
Doctor Paz.....	40 »

Epoca actual.

CORAZÓN⁽¹⁾

ACTO ÚNICO

La escena representa una antesala bien amueblada. Puertas á derecha é izquierda en 1° y 2° término. Al foro un telón vidriera deja ver perfectamente un amplio vestíbulo. A la derecha del foro una puerta. Al levantarse el telón es la hora del crepúsculo vespertino; de tal manera que próximo al final, las primeras sombras de la noche se proyectan en la escena.

ESCENA PRIMERA

Doctor Paz y Rosita.

PAZ.— (*Sale con Rosita de 2ª izquierda*). No llores. No puedo verte llorar.

ROSITA.— Pero entonces me promete que Carlitos sanará?

PAZ.— Sí, te lo prometo. (*La besa*). Qué no haría por ahorrarte una lágrima! (*Disimulando una emoción intensa. Entra Juan Gregorio*).

(1) Publicado en la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS.

ESCENA II

Dichos y Juan Gregorio.

JUAN G. — (*Abrazando á Rosita*). Ahora, pobrecita, te toca el turno á tí, último sobreviviente de esta mi pobre generación enferma. (*Conmovido la besa*).

ROSITA. — (*Contenta*). Después te voy á decir un secreto. (*Mutis por 2ª izquierda*).

ESCENA III

Juan Gregorio y Doctor Paz.

JUAN G. — Entonces, doctor Paz, Carlitos se muere también? Vacila usted en decirme la verdad? Si ya estoy convencido de la misión funesta de mi vida. Ahora veo claro en esta obscuridad, y un pensamiento... una obsesión me domina...

PAZ. — No, Juan Gregorio. Es preciso vivir. Hay el deber de vivir.

JUAN G. — Dígame entonces la verdad. La verdad no me desalienta. Ella siempre inspiró mi vida.

PAZ. — (*Pausa*). Escúcheme. (*Se sientan*). Bien sabe Vd., Juan Gregorio, que vengo á su casa como amigo más que como profesional. Conocí á su padre y en mis brazos, siendo él muy joven, expiró. Después Vd. se casó y he visto á sus hijos nacer... y he visto á sus hijos morir. Me ha tocado observar de cerca cómo su obra se deshacía, y si el médico fué siempre recto y severo, el amigo siempre estuvo con Vd. en su dolor. El amigo sufría porque como en carne propia el médico hallaba en Vds. un amplio campo de observación. Su padre murió del corazón y sus hijos han heredado una tara, una aptitud nerviosa que se orienta hacia el corazón también...

JUAN G. — (*Emocionado*). Se muere, Carlitos se muere!

PAZ. — (*Enternecido*). Sí, amigo, se muere. (*Juan Gregorio solloza*). Cuando hace algunos años Vd. fué á Europa esperando salvar á Juancito, que murió, le entregué un libro sobre la herencia morbosa. Vd. no lo ha leído. (*Pausa. Luego afectuosamente*). El mal que sus hijos traen al mundo es intenso, porque la herencia imprime su estigma cuando la naturaleza es nueva. Si los hijos han de nacer para que la muerte los sorprenda en plena primavera, más vale no tenerlos Juan Gregorio, más vale evitarse el espectáculo horriblemente doloroso de verlos ir sin nada poder intentar Vd., el padre, en su amor herido, yo, el médico en mi impotencia desesperado. Mientras Vd. da á los suyos la muerte con la vida, el destino resulta más amable dándoles la vida con la muerte. Vd. quiere edificar y una fuerza superior, en un leve soplo, lo destruye todo.

JUAN G. — (*Desesperado*). Oh! Es preciso concluir... si...

PAZ. — Eso no. Es preciso ser fuerte una vez más.

JUAN G. — Así no es posible vivir la vida: en una constante superposición de mí mismo, en una mentira sin tregua que hace creer á mi espíritu que sólo existe el dolor en dejándome vencer, como si el dolor pudiera ser vencido.

PAZ. — Sí, y Vd. lo ha logrado forjando una voluntad superior. Vd. debe revestirse aún de mejores fuerzas, debe mandar en sus propios sentimientos en aras de un sentimiento superior: por sus hijos, Vd., Juan Gregorio, debe separarse de Magda, de su esposa.

JUAN G. — De Magda!

PAZ. — Evoque el cuadro de Carlitos que no puede respirar ahogado en los estertores de su agonía. Por ellos, por ellos y por Vd. también que necesita defenderse.

JUAN G. — (*Con amargo escepticismo*). Defenderme? Y para qué? Acaso no represento la muerte? No la voy sembrando como planta venenosa? Vd. ha dicho bien: yo destruyo, no edifico. Yo cavo abismos para enterrar la vida; me faltan fuerzas para sustentarla. Más que un factor pasivo, soy un factor activo de exterminio. ¡Sí! Es

amargo, pero es verdadero: la razón ilumina este cuadro de sombras y deja ver la obscuridad.

PAZ. — Todo se ha de lograr lentamente.

JUAN G. — Y cómo? Cómo imponérle al corazón que no ame porque hay una razón científica fría y calculadora que le manda no amar? Sería necesario invertir los términos, colocar la ciencia sobre la vida y sobre el amor, ser un autómatas: más que una creación natural el hombre resultaría una obra artificial del hombre mismo. Yo tengo que decirle á Magda, á la madre amorosa de mis hijos muertos, que en plena vida la muerte nos separa, que debemos renunciar á amarnos, que nuestros alientos no deben encontrarse, porque en vez de ser un soplo de amor, son un soplo de muerte. Comprende? Comprende Vd.?

PAZ. — Seréne. Hay que poner la pasión al servicio de la lógica.

JUAN G. — Sí... Es preciso pensar en los hijos. (*señalando la habitación 2ª izquierda*). Evocar el cuadro: un niño que se retuerce en el lecho porque no puede respirar. (*Llorando intensamente*). Solo!... Solo!... (*Pausa*).

PAZ. — Solo no. Rosita, su hija Rosita, puede ser la buena, la eterna compañera.

JUAN G. — Oh! Ella también pronto morirá. (*Pausa*). Solo!...

PAZ. — No. Rosita vivirá mucho.

JUAN G. — Usted busca atenuar mi dolor. Acaso no es mi hija? Lleva mi sangre, mi herencia fatal.

PAZ. — (*Convencido*). No. Le aseguro á Vd., Rosita no es enferma del corazón.

JUAN G. — (*Una sonrisa de júbilo ilumina todo su rostro y un flébil grito de alegría escapa de su garganta. Hay un momento fugaz de transición. La sonrisa, como esculpida, se fija en la comisura de los labios y pierde su expresión. El grito de júbilo ha vibrado como un quejido. La alegría del primer impulso ha chocado con una evocación dolorosa. La firme creencia de que su hija pronto moriría, ahora le insinúa la sospecha de su paternidad. Es un proceso subjetivo intenso. Luego, como si quisiera di-*

- simular, aparentando curiosidad, le pregunta*). Y porque no es enferma del corazón? . . .
- PAZ.— (*Situación engorrosa*). Pero, vaya su pregunta: por que no es enferma.
- JUAN G.— (*Intensando*). Pero no piensa Vd. que debía serlo. Siendo mi hija ha debido heredar mi mal, casi fatalmente. Mi hija no puede ser sana.
- PAZ.— Usted está torturando la lógica. Dentro de la ciencia no hay fatalidad posible. Sus hijos pueden ser enfermos, pero no deben serlo ineludiblemente.
- JUAN G.— (*Descifrando, tratando de comprender, en una angustiosa expectativa*). Pueden pero no deben serlo ineludiblemente. . . . No entiendo bien. . . .
- PAZ.— (*Empeñado en convencerlo*). Hay razones rigurosamente científicas que lo explican. Sería preciso hacer una larga disertación. Pero tranquilícese: el caso es posible.
- JUAN G.— Pero . . . pero no probable. Yo no veo claro. Y tengo una angustia en el alma. O tal vez . . . sí . . . tal vez sea enferma. Vd. no habrá observado bien. Voy a llamarla, doctor Paz. . . .
- PAZ.— No es necesario. Su hija no sufre del corazón. Tengo la seguridad. Mejor así, cálmese. . . .
- JUAN G.— Es que, doctor Paz, soy un temperamento . . . sufro en este instante una receptividad morbosa, extraña. . . . Y acepto todas las suposiciones. No sé explicarme. Pero se me ocurre un dilema de hierro: si es sana no es mi hija. Para serlo debiera estar enferma. Es horrible! . . .
- PAZ.— Pero Vd. no es un hombre sensato. Está agitando inútilmente su espíritu. No he de retirarme hasta tanto se tranquilice.
- JUAN G.— (*Simulando sobreponerse*). Ya estoy tranquilo. . . .
(*Pausa. Obsesionado, como si hablara consigo mismo*).
Con que no es enferma! Con que no es. . . mi hija!
- PAZ.— Juan Gregorio!
- JUAN G.— (*Estallando en un intenso llanto*). Señor! Basta!
- PAZ.— (*Pausa. Alentándole*). Es Vd. un niño! Me inspira mucha pena verlo extraviado.

JUAN G.—(*Lenta transición. Queriendo convencerse de su extravío*). Sí, Vd. tiene razón: no puede ser. Si Magda me quiere mucho, me ha querido siempre. Tan sólo pensar... no... es enorme, es monstruoso, no puede ser! Verdad, doctor Paz?

PAZ.—Le repito, Rosita puede ser, es su hija, y no estar enferma. Dentro de la ciencia no hay fatalismo... hay un determinismo científico, que es cosa distinta. Entiende?

JUAN G.—Sí... no... Pero, cómo explicar que todos mis hijos han sido enfermos?

PAZ.—Fácilmente. La herencia patológica registra casos maravillosos en que no sólo la ley no se cumple, sino que resulta de efectos contrarios. La ciencia pisa todavía en terreno inseguro. Todo es conjetural, hipotético... Comprende?

JUAN G.—Hipotético... pero no probable.

PAZ.—Es claro. Por otra parte, bien puede ser que la enfermedad no se haya manifestado y aparezca después. Esperemos que no.

JUAN G.—(*Apuntando una sonrisa*). Que aparezca después!

PAZ.—Todo es posible. Nadie puede asegurar nada. Está más tranquilo? Es necesario no dejarse llevar por la imaginación. Bien. Yo me retiro. Vuelva al lado de su hijito enfermo, y en horas de serenidad medite en la receta del médico que es el consejo del amigo: es preciso separarse de Magda por algún tiempo. Adiós.

JUAN G.—(*Maquinalmente*). Adiós. (*Mutis de Paz por el foro. Juan Gregorio ha quedado completamente absorto, reconcentrado*).

ESCENA IV

Juan Gregorio y Rosita

ROSITA. — Ya se fué el doctor? Pero si Carlitos sigue mal. . .

(*Juan Gregorio, la toma y la observa fijamente*). No llores papa, sabes por qué? Te voy á decir el secreto: el doctor me dijo que Carlitos no moriría. De veras, eh! Es claro, los nenes no deben morir. Y si no para qué nacen? Apostemos que yo no me muero. No vez que tengo razón. . .

JUAN G. — (*La separa bruscamente. Llamando*): Magda! Magda!

ROSITA. — (*Sorprendida, mientras hace mutis*). Me das miedo papá. Pero que tienes. . .

ESCENA V

Magda y Juan Gregorio

MAGDA. — (*que entra apresurada*). Carlitos se muere. . .

JUAN G. — (*Pausa*). Todo se derrumba, todo está maldito. Nada queda en pie: nada ni nadie.

MAGDA. — Para qué acumular más sombras. Deja siquiera que un rayo de sol alegre el alma.

JUAN G. — No. . . La verdad brilla más. (*Pausa*). Rosita se muere también (*y la observa*).

MAGDA. — (*Instintivamente*). Eso no es verdad Juan Gregorio. Rosita es sana.

JUAN G. — Tú también lo sabías? Y cómo? Por qué es sana?

MAGDA. — Pero. . .

JUAN G. — Pronto! Porque no es enferma? (*Tomándola de los brazos*). Tiemblas? No me miras?

MAGDA. — Es que no entiendo. . .

JUAN G. — Sabes por qué es sana? Porque no es mi hija!

MAGDA. — Oh! Te lo juro. . .

JUAN G. — No es mi hija. Para serlo debía estar enferma, como mis otros hijos. El doctor Paz me lo ha dicho.

MAGDA. — No es verdad. No ha podido decirte eso. Rosita es tu hija.

JUAN G. — No es! No puede ser. Dime la verdad, yo quiero la verdad, toda la verdad por amarga que sea, por tus propios labios revelada.

MAGDA. — No... Te lo juro.

JUAN G. — No me sigas mintiendo. Evítame esta tortura. La verdad es más amable. Dímelo. Es una gota más. Dímelo Magda.

MAGDA. — No dudes.

JUAN G. — Dímelo. Te lo suplico. Te lo imploro. Dímelo.

MAGDA. — *(En un supremo esfuerzo, escondiendo el rostro; muy débilmente)*... Es verdad...

JUAN G. — *(En el paroxismo de la indignación)*. Oh! infame... *(y en un impulso parece arrojarse sobre Magda. Se detiene. Pausa. Magda arrastrándose hacia él, llorando amargamente le quiere abrazar, busca sus ojos, en tanto que Juan Gregorio la rechaza en llanto)*.

MAGDA. — Perdón, Juan Gregorio. Pero tú me has de oír, me has de escuchar. Después quiero que me castigues. Tú eres mi juez. Tienes derecho. No ocultes tu rostro. Mirame. Escúchame un solo momento más. Escúchame...

JUAN G. — Déjame.

MAGDA. — Escúchame. No pretendo justificarme. Pero quiero explicarte lo que no supones, quiero defenderme contra lo que imaginas. Sí! Yo no soy una culpable vulgar. No caí porque el apetito de la carne me arrastrara. No! Yo te he amado, te amo Juan Gregorio, te amaré siempre con la fiebre de mis primeros entusiasmos. No me lo niegues. No me arrebatas el lote de dolores y alegrías, de expectativas y de angustias que contigo he compartido! Yo siempre he reclamado mi parte en tu dolor, y como un néctar he bebido tus lágrimas amargas. No me lo niegues, por favor, no me lo niegues. Pero llegó un día, un día gris, inolvidable, en que resolviste viajar á Europa, llevar á Juancito que se moría. Cuando te abracé en la cubierta del vapor, cuando besé

los labios encarnados de nuestro hijito — el último beso — yo sentí que las sombras del día se agitaban mutuamente en mi espíritu, que aquella llovizna fina que azotaba el rostro como un látigo, llegaba al alma y removía en su fondo nuevas, extrañas ideas. Entonces tuve la visión nítida del porvenir, de nuestro porvenir. Yo sentí el crujido del derrumbe, yo ví las ruinas del desastre. Yo ví, yo sentí, yo comprendí que nuestros hijos se morían fatal, ineludiblemente. Que nuestra obra se deshacía bajo el peso de su propia vacuidad. Que nuestra vejez, quebrantada, dolorida, trabajada, miraría el pasado para sentir el horror presente de una vida inútil. Fué entonces, fué entonces Juan Gregorio, en ese instante solemne de mi vida y de tu vida, que yo abrí mis brazos á otro hombre queriéndote á tí, porque quería para los dos que un rayo de sol alegrara nuestra vejez sombría!

JUAN G. — Y quien... quien fué él!

MAGDA. — No... no te lo diré jamás: no te lo diré. Me has de escuchar todavía: aun más. Ese día de memoria inolvidable, te dí la prueba más grande, más poderosa de mi amor. Nunca te amé como en ese instante; como nunca la mujer renunció á su honestidad y la madre y la esposa se sobrepusieron en mí; nunca como en ese instante el sacrificio fué más doloroso, más horrible, más desgarrador; pero nunca, nunca como en ese instante te amé más: mi voluntad que anhelaba quererte, mi pensamiento que iluminaba mi amor, mi amor nacido en las horas magníficas en que mutuamente forjábamos el porvenir. Y ahora, ahora Juan Gregorio, que sabes toda la verdad — piadosa mentira que nunca te revelara si la duda no te torturaba — ahora Juan Gregorio, tú eres el juez, tú debes juzgarme. Castígame, condéname. Yo espero. Tú eres el juez. Yo espero! (*Larga pausa. Magda arrodillada esconde el rostro. Juan Gregorio abrumado por la argumentación de Magda se lleva la mano al corazón y se siente desvanecer. Magda repara en él y lo llama.*)

Se apresura á socorrerlo. Le humedece la frente. Lo agita. Luego).

JUAN G. — No es nada. *(Como despertando de un sueño).* Si... ya recuerdo. *(Pausa. Irguiéndose).* Pero yo no puedo ser tu juez. Que otros te den la razón. Yo no puedo castigarte, tampoco puedo absolverte! Yo sé que acabas de abrir un hondo, un insalvable abismo entre los dos!

MAGDA. — No! Acabo de vincularme más!

JUAN G. — Tus palabras, como gotas de veneno, una por una, lentamente han caído sobre mi pobre corazón. Todo lo que has dicho es tan enorme, que siento en mi mente una agitación extraña, que siento huir desfavoridas mis ideas.

MAGDA. — *(En llanto).* Perdón.

JUAN G. — Yo no puedo perdonarte. Yo no puedo condenarte; yo no puedo ser tu juez. Si lo fuera tal vez te condenara por mis propias manos. Por eso, vete con tu hija de mi lado.

MAGDA. — No. No me iré.

JUAN G. — Vete. Todo ha terminado entre nosotros. Diez años ha durado esta mentira. Diez años!

MAGDA. — Te lo hubiera ocultado toda la vida. Era una noble aspiración, Perdóname. Pero si tú amas á Rosita como á tu hija. Si tú eres el padre: has forjado su amor al calor del tuyo, has volcado tus afectos en su corazón. Has orientado su vida. Es tu obra, te pertenece.

JUAN G. — Basta. Me estás torturando. Vete, vete con ella.

MAGDA. — Mátame si quieres, pero no.

JUAN G. — Por favor, vete.

MAGDA. — *(Arrastrándose, asiéndose á él).* Yo prefiero la muerte.

JUAN G. — Es inútil. *(Tomándola de los brazos, empujándola).* Vete por unos días, déjame meditar, después veremos. Pero ahora vete.

MAGDA. — No quiero. Mi hijito está enfermo. Yo debo estar á su lado. Tengo derecho.

JUAN G.—No tienes ninguno.

MAGDA.—Te lo suplico. Déjame hasta que Carlitos sane... después me iré. (*Continúan forcejeando. Han llegado á 2ª izquierda*).

JUAN G.—He dicho que no.

MAGDA.—Sí... (*De pronto un grito desgarrador de Rosita los separa. Rosita entra huyendo y se abraza á Magda. Carlitos acaba de morir. Juan Gregorio instantáneamente se ha llevado la mano al corazón. Seguida de Rosita, Magda se dirige apresurada al interior. Luego, Juan Gregorio como un ébrio, entra. Breve pausa. Aparece después con el rostro desencajado, en la actitud de un loco. Alcanza á sentarse. Hay la sensación de un poderoso argumento, como de un golpe formidable asestado sobre su cráneo. «Vida inútil», señalando su impotencia, parece gritarle una voz augusta. Se siente pequeño y despreciable. La respiración se hace dificultosa por momentos. Se desgarra el cuello y la camisa, y protege con la mano su corazón como si fuera á saltársele del pecho. Como iluminado por una idea, arrastrándose, saca el revólver de una mesita. Insinúa apuntarse sobre el corazón, y sonríe. Se dirige lentamente hacia 2ª derecha. Desde el interior la voz de Rosita que le llama, lo conmueve violentamente y lo detiene. Rosita vuelve á llamar. Juan Gregorio se apresura y entra decidido á 2ª derecha, cerrando tras sí la puerta. Rosita aparece en la puerta 1ª izquierda llamando*).

ROSITA.—Papá... (*Y mientras se dirige á 2ª derecha, baja el telón. Desde el interior los sollozos de Magda llegan á la escena como un rumor doliente*).

FIN DEL DRAMA

RICARDO LEVENE.